

IGLESIA VIVA  
 N° 240, octub.-diciem- 2009  
 pp. 135-137  
 © Asociación Iglesia Viva  
 ISSN. 0210-1114

**PÁGINA  
 ABIERTA**

## **Un campo sin agua es un campo sin Dios**

**Vicente Ferrer (1920-2009)**

Vicente Ferrer fue a la India como misionero jesuita en 1952 y en los años 60 empezó en Manmad su acción de promover desarrollo comunitario que tuvo gran éxito y suscitó recelos en autoridades civiles y religiosas. En 1970 dejó la compañía, se casó con Anne Perry una periodista inglesa, colaboradora suya desde los primeros tiempos, y centró su acción en Anantapur a través de la Rural Development Trust, que continúa su trabajo después de su muerte.

Este texto recoge parte de un discurso pronunciado el 3 de febrero de 1969 en Hyderabad, capital del estado de Andra Pradesh. Y alude a la crítica que entonces algunos hacían a su acción misionera por falta de anuncio explícito de Dios.

*Intento leer en los acontecimientos de nuestra vida cotidiana, acontecimientos ordinarios y de poca trascendencia, pero llenos de significado divino.*

*Iba una vez viajando desde Manmad a Bombay. Me paré en el camino para comer en un pequeño «restaurante». Nos sentamos y pedimos una comida ordinaria, pues tenía el dinero para ello. En esto, un pobre hombre entró y se sentó a mi lado pidiendo para su comida. Pero este hombre solamente tenía unos céntimos y por lo tanto, le*

dieron una muy pobre e insuficiente comida. Este hecho que sucede tan frecuentemente, aquel día fue como un mazazo para mí. Yo quise leer en ese hecho. Este hecho me estaba hablando y una pregunta vino a mi mente: ¿Cómo es posible que yo pueda tener pan ante mí y este hombre no lo tenga? ¿Cuál es el significado de esto? Yo tengo lo que quiero delante de mí y este hombre no tiene nada para comer. ¿Por qué yo puedo comer y este hombre no puede?

Continuamos nuestro viaje hacia Bombay. Era un día claro, soleado, bello... El cielo azul y los verdes campos se abrían ante nuestros ojos hasta el horizonte. Me sentía feliz. No sufría y de repente entendí el significado de aquel hecho sucedido en el pequeño restaurante; esa felicidad de la que yo estaba lleno era la presencia de Dios, Dios que es la abundancia, Dios que es la felicidad, la vida misma, todo aquello que es bueno en este mundo. Dios que es la inmortalidad, la amistad, la plenitud, el amor. Eso es Dios.

Pero en aquel hombre no había plenitud, no había felicidad, no había nada, no había pan. Dios estaba ausente en la forma de pan en la mesa del hombre. En cambio, Dios estaba presente en mi mesa en aquella forma de pan. Entonces me dije: ¿qué debo hacer? Podría hablar con aquel hombre acerca de Dios y decirle que se resignara y también le podría decir el valor del sufrimiento. Pero eso no es lo que Dios quiere. Dios quiere estar presente ante aquel hombre en aquella forma en la cual está ausente: entonces comprendí que yo tenía que llevar pan a la mesa de aquel hombre. Continué pensando. Un campo sin agua es un campo sin Dios. Dios está ausente en aquel campo en forma de agua. El agua en aquel campo traería la vida. Por lo tanto, yo tengo que llevar a Dios en aquella forma en la que Él no está allí, en aquella forma en la que Dios quiere estar presente. Es inútil predicar a aquel campesino. Yo le tengo que llevar agua a sus campos.

Y si veo a un hombre que está sufriendo, que está enfermo, ¿qué debo hacer? Dios es la inmortalidad, la vida misma, la plenitud de la vida. Por lo tanto, tengo que traer la salud a aquel hombre, tengo que traerle a Dios en forma de salud, en la forma de la plenitud de la vida. Si un hombre está desesperado, le tengo que traer a Dios en forma de esperanza. Hay muchas, muchísimas maneras de traer a Dios a los hombres.

Yo estoy constantemente en contacto con el sufrimiento de las vidas de los hombres. Estoy en contacto con este sufrimiento en la escala más fundamental de la vida humana. Para mí ha sido siempre una profunda experiencia el poder leer tanto en esos sencillos acontecimientos de la vida cotidiana. Mucha gente dice que Ferrer está solamente interesado en el progreso material. Él sólo quiere las cosas materiales. Pero eso no es verdad. El ayudar a mi hermano, ¿es eso una cosa material solamente? ¡No! Cualquier acción buena hecha por otro es siempre una acción divina. Incluso si el que la hace es un ateo, o un creyente, aquella acción hecha por el otro es la acción más grande que se puede hacer. Para un creyente, esa buena acción hecha por el otro es el acto religioso más grande. Es la acción de traer a Dios en la forma de pan, agua, consolación, esperanza. Es traer a Dios en aquella forma en la que está ausente, en aquella forma en la que Él mismo quiere estar presente.

*Todo lo que he dicho antes me hace sentir responsable, profundamente responsable de los demás. Siento una responsabilidad tremenda hacia mis hermanos. Y ahora sí, ahora sí que quiero mostrar un ejemplo de las Sagradas Escrituras. Al principio el libro sagrado, cuando un hermano mata a otro, cuando la muerte aparece por primera vez en la Tierra, Dios le pregunta a aquel hombre: «¿Dónde está tu hermano?» ¿Qué quiere decir esto?*

*Esto quiere decir que aquel hombre era responsable de su hermano. Nosotros somos todos uno, y por lo tanto responsables los unos de los otros. Y ahora otra vez las voces de nuestros corazones están constantemente martillando en nuestras conciencias esta pregunta: ¿Dónde está tu hermano? ¿Qué le pasa a tu hermano? ¿Por qué él sufre y tú no sufres con él?*

*¿Podemos mover, conmover el espíritu humano de la India? ¿Podemos despertar ese espíritu humano en el corazón de cada hombre y hacerles sentir sus responsabilidades para con sus hermanos?*

*Los libros de economía nos hablan de planes quinquenales, de estadísticas, de impuestos, de fuentes de ingresos y prosperidad basadas en la producción, oferta y demanda, etcétera. Pero yo no lo he visto en ningún libro de esos que se tenga en cuenta el espíritu humano, el amor entre los hombres, para producir esa prosperidad, ese nivel de vida, que corresponde al hombre por Ley Natural, por derecho divino. Este elemento humano tan esencial para la vida no cuenta, no está en esos libros de letras impresas, frías y faltas de vida. Hemos de revolucionar la economía con la revolución silenciosa del amor. Hemos de revolucionarla haciendo que entre de lleno en este campo el elemento de ese amor mutuo, la solidaridad viva, la acción buena de los unos para los otros.*

[Tomado del libro *El encuentro con la realidad*, Planeta, Barcelona 2004, Pgs. 249-256]

